



LO QUE QUIERO SER

Por José María R. Olaizola, S.J.

Quiero ser pastor que vele por los suyos;
árbol frondoso que dé sombra al cansado;
fuente donde beba el sediento.

Quiero ser canción que inunde los silencios;
libro que descubra horizontes remotos;
poema que deshiele un corazón frío;
papel donde se pueda escribir una historia.

Quiero ser risa en los espacios tristes,
y semilla que prende en el terreno yermo.
Ser carta de amor para el solitario,
y grito fuerte para el sordo...

Pastor, árbol o fuente, canción, libro o poema...
Papel, risa, grito, carta, semilla...
Lo que tú quieras, lo que tú pidas,
lo que tú sueñes, Señor... eso quiero ser.

✚ ¿Qué preferimos cuando decimos
que preferimos a Dulce María
Loynaz?

Por Rachel S. Diez

✚ El Buen Pastor da la vida por las
ovejas (Juan 10, 11-18)

Por Benjamín González Buelta, S.J.

✚ Hermanas del Amor de Dios:
Evangelizar educando

Por Yenia Matos Henríquez

SANTORAL

D 21: San Anselmo de Canterbury /
L 22: Santos Sotero y Cayo / **M** 23: San
Jorge / **Mi** 24: San Fidel de Sigmaringa /
J 25: San Marcos, Evangelista / **V** 26: San
Isidoro /
S 27: Nuestra Señora de Montserrat

27 de abril de 1997, muerte
de Dulce María Loynaz

¿Qué preferimos cuando decimos que preferimos a Dulce María Loynaz?

Por Rachel S. Diez



Desde hace un tiempo vengo preguntando a personas cercanas sobre su poetisa cubana de preferencia. Como especie de encuesta, sondeo entre diversas edades, contextos y ocupaciones. Pido respuestas sencillas, casi como reflejo incondicionado, que no den tiempo a la erudición vacía ni a una respuesta de manual limitada por el maltrecho proceso de aprendizaje.

La abrumadora mayoría ha mencionado a la Loynaz, una mujer que vivió épocas muy distintas y que volvió de ellas con una estructura poética poco arriesgada, pero rotundamente íntima. He pensado en los elementos que conectan a Dulce María con su público, que hacen que casi una centuria después de sus primeras producciones siga cautivando el pensamiento y las emociones de quienes se acercan a su obra (no solo poética). Se me ocurren algunos apuntes.

Primero: Nos seduce el contraste entre la discreta irreverencia y el respeto a la tradición. Escribir es un ejercicio de desnudez creativa. Dulce María no se avergüenza de darnos acceso a su interioridad, incluso a la más caótica, no sin antes envolvernos en una fina y cuidada voluntad de estilo. Amamos escucharla discursar con nostalgia sobre una época reposada y distinguida que

jamás volverá. No podría ser otra su relación con el pasado, especialmente cuando encontramos en su genealogía antepasados como el misionero franciscano San Martín de la Ascensión de Loynaz, santo martirizado en Japón, emparentada además con el bayardo camagüeyano Ignacio Agramonte, unida en la sangre con hermanos igualmente talentosos, con una extensa familia donde existieron títulos nobiliarios y grandes riquezas destinadas a la causa de la independencia, con un padre como el General Enrique Loynaz del Castillo.

Segundo: Lo sensorial. Es una fiesta para los sentidos su poesía. La soledad, la muerte, el dolor, el amor, la reflexión o la simple integración con la naturaleza nos resultan temas sublimes y a la vez muy propios. Hay en ella una espiritualidad que huele a arraigo, que nos acerca a esa experiencia común de ser Isla.

Tercero: La elegancia. Incluso exponiendo las más crudas orfandades, las más grises pasiones, los más directos sinsabores, ella no renuncia a describirlos con talante, altura, hasta con cierta pureza. Y esto nos lleva al cuarto aspecto: que es capaz de adentrarse en las más humanas vivencias con alto vuelo poético, pero, al mismo tiempo, con un lenguaje sencillo. Ordena y dispone la frase para que no existan altisonancias indiscretas, con deseo de compartirnos con suficiente claridad aquello que la consume.

Finalmente, Dulce María Loynaz es alguien que ha sufrido muchas pérdidas; como tantos de nosotros. Pérdida de los espacios que nos pertenecían, de la familia, de los amigos, del amor, de un país..., pero con posibilidad de dar vida cuando nombra y reconoce su propia fragmentación. Cátedra de ello es su obra *Últimos días de una casa* (1958). Es una mujer que puede contarnos una escena idílica al igual que un silencio o un alejamiento para no pactar. Dueña de apasionantes contrastes, capaz de escribir que “amar es clavarse a la cruz... y resucitar”.

El Buen Pastor da la vida por las ovejas (Juan 10, 11-18)

Por Benjamín González Buelta, S.J.

El acontecimiento de la Resurrección, que venimos celebrando en estos domingos de Pascua, no alejó a Jesús a distancias inaccesibles, sino que permanece dentro de nosotros con su Espíritu, y en la comunidad donde celebramos los sacramentos, proclamamos su palabra y compartimos como hermanos. No deja Jesús de seguir buscando las ovejas perdidas ni de estar en la línea justa donde estallan los problemas de su pueblo, ni de cuidar su rebaño cuando los tiempos inseguros pueden paralizarnos en el desaliento.

Escuchamos a Jesús decir que es nuestro pastor. Necesitamos escuchar esta palabra de una manera especial en esta época de escasez y de incertidumbre. Si nos detenemos y dejamos que su palabra nos recorra por dentro y nos sane, encontraremos una fortaleza interior que solo Él puede dar. No siempre podemos ver en nuestra vida el horizonte al que nos dirigimos con claridad, ni saber el tiempo que falta para llegar hasta Él, ni los senderos por donde caminar. Pero el Buen Pastor sí puede dar una certeza de que cada paso que damos no se pierde en la nada, sino que colaboramos en el crecimiento del Reino de Dios entre nosotros. No nos vamos a perder porque el Buen Pastor camina junto a su rebaño. Somos tan importantes para Él que nos conoce



uno a uno por nuestro nombre, con toda nuestra historia, y no abandonará ni una sola oveja.

También dice Jesús que tiene otras muchas ovejas que no son de este rebaño. Si miramos a nuestro lado, vemos personas que andan errantes, desorientadas y solas. En ellos piensa el Buen Pastor y nos invita a levantar la mirada para no ver sólo nuestros propios pasos, sino para que miremos con atención y cariño a los que no son de nuestro rebaño, y posiblemente viven en una

soledad profunda, pensando en sus familiares lejanos, y con poca movilidad para salir a visitar a sus amigos de siempre.

Jesús busca tener un solo rebaño. Ya Él está muy presente en la hondura de los corazones de todos, y desde ahí, desde lo más profundamente humano que hay en cada persona, alienta y orienta a todos hacia el mismo punto donde confluyen las rutas de la fraternidad. viva en medio de la incertidumbre.

MENSAJE DE VIDA

Como llevamos el nombre de Cristo, que es paz, debemos también poner fin a toda hostilidad, para que podamos profesar en nuestras vidas lo que creemos que es verdad de Él.

San Gregorio de Nisa

Hermanas del Amor de Dios: Evangelizar educando

Por Yenia Matos Henríquez



Encarnar el Amor en la vida desde la misión educativa, es el carisma de las Hermanas del Amor de Dios; fundadas el 27 de abril de 1864 en Toro, Zamora, España, por el Venerable Padre Jerónimo Mariano Usera (Madrid, 1810- La Habana, 1891). La vida de Jerónimo fue una entrega generosa, especialmente a los más necesitados. Cierta vez escribió: “Siento que Dios me llama a hacer el bien en la tierra”. Sobre la vida de las religiosas que fundó en Cuba, nos cuenta Sor Concha Torres.

—¿Cuándo llegan a Cuba las Hermanas del Amor de Dios y por qué?

Cuando el P. Usera nos fundó, su sueño era que sirviéramos en Cuba, lo que se hizo realidad en 1871 cuando llegaron las diez primeras hermanas. Su destino fue el colegio de Santa Isabel en La Habana, destinado a niñas pobres. En 1874 abrieron el colegio Amor de Dios de Guanabacoa, y en 1884 se fundó Santa Rosalía en Santa Clara, abriendo también el primer noviciado. Santa Rosalía nació en vida del Padre Usera, y permanecería hasta la década del 60. Para la salida de la congregación de la Isla en 1960, existían catorce centros educativos.

Regresaron a Cuba el 19 de marzo de 1989. La verdad es que nunca la abandonaron, no sólo porque vivían muchos exalumnos, sino porque Cuba siempre ha estado en el corazón de la congregación, como lo estuvo en el del P. Usera.

La Habana Vieja, Regla y Ranchuelo, en Villa Clara, serían las nuevas presencias.

—Misión en la Cuba actual.

La presencia “Amor de Dios” en la Isla no sólo se centra en las religiosas, cuyo número ha disminuido en los últimos años, sino que cuenta con un numeroso grupo de seglares, atraídos por el carisma y espiritualidad de la congregación.

Evangelizar educando es nuestra principal misión; dirigida a niños, padres, familias, trabajadores. Colaboramos en la pastoral de las parroquias donde tenemos presencia, cuidando especialmente la catequesis, la atención a las familias necesitadas y a las personas mayores y enfermas.

—¿Dónde están los principales desafíos?

En el trabajo catequético, en la Pastoral Familiar, la Pastoral Juvenil y Vocacional. Para nosotras y para la Iglesia en Cuba. El deseo generalizado de emigrar en busca de un mejor futuro personal y familiar, impide centrarse en un buen programa catequético y pastoral, con un buen desarrollo y seguimiento.

—¿Cómo sortearlos?

Trabajando como Iglesia, desde las parroquias, con un ejercicio constante de paciencia, perseverancia, esfuerzo, trabajo y confianza en la acción del Espíritu Santo. La escucha, comunión y participación que hemos trabajado, orado y ejercitado sobre la sinodalidad nos van dando luces, clima y disposición para seguir trabajando con esperanza en esta “viña del Señor” que es Cuba, conscientes de que “el Amor de Dios vive en nuestros corazones”.